

EL DIA QUE MURIO RICHARD BURTON

de **JUDITH BACO**

Personajes

P E P E

B L A N C A

B L A N Q U I T A

ESCENA 1

Interior de un apartamento moderno, de un solo ambiente con kitchenette. Existe un gran contraste entre la funcionalidad del apartamento y la disposición de los deteriorados muebles. Una pequeña mesa, arriba de la misma: una radio portátil encendida y una jarra de agua. Tres sillas diferentes entre sí, una cama de dos plazas con el colchón a la vista, sin sábanas, una frazada ordinaria y raída a los pies, dos almohadas sin fundas con forros manchados. Junto a la mesa, en el suelo, una pila de diarios y revistas viejos. Una sola ventana con vidrios sucios, sin cortinas. La puerta del baño abierta deja ver instalaciones nuevas, pero en estado de higiene lamentable; un cepillo y un trapo de piso interrumpen el acceso al baño. En la mesada-mostrador que separa el pequeño espacio de la cocina, hay apilados platos sucios y cacerolas, varias fuentes con restos de comida, botellas de refrescos por la mitad. En medio de la escena: una escoba atravesada en una silla. Un florero con flores marchitas sobre un mueble-cómoda, contribuye a dar mayor aire de abandono al ambiente agobiante. Al inicio de la escena, Pepe, anciano de aspecto apagado, casi sordo, se encontrará sentado a la mesa, tratando de escuchar la radio y recortando, con gran paciencia, figuras de los diarios y revistas que hay a su costado. Su mujer, Blanca, una anciana ágil, de pelo desgreñado y voz fuerte, vestida con el mismo descuido y desprolijidad que él, se halla de pie junto a la mesada de la cocina.

PEPE

- (Con voz apagada, que apenas supera el sonido de la radio). Agua... Traéme más agua.

BLANCA

- (Con el mal tono con que le hablará siempre). ¡Agua... agua...! Pecos Bill parecés. Vas a reventar como un sapo con tanta agua. No sé dónde la metés. (No le

alcanzará el agua y Pepe tampoco la reclamará. Dándole la espalda al hombre). ¿Habrá venido el lechero? Fijate... andá a ver.

PEPE

- (No ha escuchado. Baja la radio). ¿Qué?

BLANCA

- Que te fijés si vino el lechero. Que abrás la puerta hombre, y mirés si está la bolsa de la leche.

PEPE

- ¿Qué bolsa? (Se toca los bolsillos de la camisa y de los pantalones, como si la llevara encima).

BLANCA

- (Rezongando para sí, se dirige hacia la puerta). Nada, ya no entiende nada... no oye, no ve... ¡Si por lo menos no hablara! Pasa el día dale que te dale... (Recoge la bolsa y va hacia el fogón. Todo está tan desordenado que no encuentra un lugar para apoyar la leche, mientras busca, grita). ¡Pepe, Pepe! ¿Dónde está la jarrita?

PEPE

- (Se había perdido de nuevo en su mundo). ¿Qué?

BLANCA

- (A los gritos). La jarrita de la leche. No la encuentro.

PEPE

- ¿Qué?

BLANCA

- Que me ayudes a buscar la jarra de la leche. Vos también tomás, ¿no?... Así que entonces, ayudame a buscarla.

PEPE

- Que te ayude ¿a qué?

BLANCA

- (Exasperada). A buscar la maldita jarra de la leche.

(Pepe se levanta con gran dificultad y empieza lentamente a buscar en los cajones del mueble-cómoda. La mujer se le acerca aún con la bolsa de leche en las manos y observa la búsqueda inútil del hombre).

BLANCA

- (Se vuelve y se encamina hacia el fogón). Me gustaría saber qué mierda busca. (Entre una montaña de cacerolas encuentra finalmente la jarrita). Acá está. (Se da vuelta hacia Pepe y contempla cómo sigue buscando). Que siga... por lo menos se mantiene ocupado en algo. (Con asco). ¡Ah..! ésta también está engrasada. (Sarcástica). Voy a tener que despedir a esa mucama. (Le pasa un fregoncito en la pileta). Bastante bien quedó para no tener jabón. (Coloca la bolsa de leche dentro de la jarra y comienza a buscar la tijera). Ahora la tijera, encontrar la tijera, todas las mañanas lo mismo. La tijera la esconde él. Porque se cree el dueño de todas las cosas. Y me la esconde por gusto. ¡Con esa manía que tiene de recortar figuritas... viejo reblandecido! (Va hacia la mesa, revuelve entre los diarios y las revistas, tira recortes al piso). ¡Pepe, Pepe! ¿Dónde escondiste la tijera?

PEPE

- (Con gran parsimonia se vuelve a sentar). ¿Qué tijera? (Otra vez se palpa encima).

BLANCA

- La tijera, esa que usás todo el día para recortar... ¿dónde la dejaste?

PEPE

- (Pensativo). Entonces lo que estabas buscando era la tijera... Las cosas no se pierden. Se esconden. (Encuentra la tijera debajo de un diario). Las cosas se

Los contenidos y temáticas son de exclusiva responsabilidad del autor. Todos los Derechos Reservados. Prohibida su reproducción total o parcial, sin expresa autorización del autor.

escapan. (Le habla a la tijera, acariciándola, pero no le dice nada a la mujer). Porque están cansadas de que las usemos. Son como las personas que se esconden para que no las manoseen más.

BLANCA

- (Sin escucharlo). Me tenés harta. (Va hacia el cajón de los cubiertos, saca un cuchillo y trata de abrir la bolsa) ¿Pará qué la busco si siempre termino abriéndola con esta porquería? (Hace fuerza). Yo no sé por qué inventaron estas bolsas de mierda. Eran mucho mejores las botellas. ¿Dónde se ha visto un repartidor de leche que no haga ruido con las botellas? Parece un ladrón, un espía, anda con zapatos de goma, deja las bolsitas sin hacer ruido, en puntitas de pie. ¡Hijo de puta! Antes era otra cosa. ¡Lechero! Gritaba el hombre lleno de orgullo ¡Lechero! (Grita muy fuerte, Pepe se asusta y comienza a temblar). Ya venía gritando desde el carro. Las botellas de vidrio bailaban en los casilleros, el carro entero hacía barullo, los caballos hacían temblar la calle. Una ponía las monedas adentro del envase y aquel hombre se iba contento haciendo tintinear la plata, mientras seguía gritando feliz: ¡Lechero! ¡Lechero!

PEPE

- ¿No vino el lechero?

BLANCA

- (Mirándolo con profundo desprecio). ¡Sos igual a una bolsa de leche!

ESCENA II

(La hija entra en escena sin hacer el menor ruido. Es una mujer de aproximadamente sesenta años, de aspecto impecable, vestida de blanco, peinados en moño sus cabellos brillantes. Toda ella respira cuidado y pulcritud. Trae aún el llavero en su mano derecha y en la mano izquierda una gran bolsa repleta de comestibles. En el hombro izquierdo, una cartera de colgar blanca).

Los contenidos y temáticas son de exclusiva responsabilidad del autor. Todos los Derechos Reservados. Prohibida su reproducción total o parcial, sin expresa autorización del autor.

BLANQUITA

- (Sonriendo con miedo). ¡Buenos días!

BLANCA

- (Sorprendida, responde al saludo increpándola). ¿Cuántas veces te he dicho que no entres sin llamar? Toda de blanco, sin hacer ruido... parecés un fantasma... un alma en pena. (Cínica). Y decime, infeliz, ¿no pensás que podemos estar haciendo algo que vos no podés ver? Al final de cuentas somos una pareja ¿no?

BLANQUITA

- (Titubeando). Es que... como tengo las llaves... No toqué timbre para no molestar.

BLANCA

- (Se le acerca amenazadora) Te voy a sacar ese llavero para siempre.

BLANQUITA

- (Retrocede aterrorizada). No, por favor mamá, me da tranquilidad tenerlo. Les puede pasar algo.

BLANCA

- (Burlándose y con rabia). Nos puede pasar algo. Pero ¿viste? Todavía no nos pasó. ¿Viste cómo duramos?

PEPE

- (Levanta la cabeza y descubre a la hija. La recibe con gran alegría). ¡Blanquita! ¡Qué suerte que viniste, hija!

BLANQUITA

- (Deja sobre una silla la bolsa y la cartera y va hacia el padre). Papá, al fin una sonrisa de bienvenida. (Lo besa).

PEPE

- (Le muestra solícito una cantidad de recortes). Mirá, mirá todas las fotos que te recorté... Como a vos te gusta... ¡actores! Todos hombres muy bien parecidos.

BLANQUITA

- (Las toma con vergüenza, a causa de la mirada de la madre). Gracias, papá. (Las mira). Son muy lindas, pero acá hay muchos actores de televisión. (Le grita). De cine, papá, de cine. Me tiene que conseguir actores de cine.

PEPE

- (Llorando amargamente). Es que yo ya no sé cuáles son de cine y cuáles de televisión.

BLANQUITA

- (A la madre). Mamá, dejame traerles un televisor. ¡Por favor! Papá se entretendría muchísimo, le encantaría.

BLANCA

- (Lapidaria). De ninguna manera. A él aunque le interesara... ¡si no oye!... Yo soy la que oigo y a mí no me interesa. (Va hacia la radio y la apaga). Ni esta maldita radio, nada me interesa.

PEPE

- (Llorando). No la apagués, no la apagués. (A la hija, en secreto). Es una podrida, una podrida.

BLANQUITA

- (A su madre) Papá está cada vez más replegado en su mundo, se va empequeñeciendo, como alejándose de todo... recorta los diarios pero ni siquiera los lee, no tiene la menor idea de lo que sucede a su alrededor

BLANCA

- A esta edad, el mundo y su entorno, no nos preocupan. Ni a él, ni a mí. La paz o la guerra, el hambre o los terremotos, la droga... a nosotros, no nos van a afectar... (A las carcajadas). Ni siquiera el Sida.

BLANQUITA

- (Acariciando al hombre que sigue llorando). ¡Si vos le hablaras... si tan solo hicieras el esfuerzo... si intentarás comunicarte con él!

BLANCA

- Y dale, que te dale, con tu canterola... Él no me escuchaba cuando oía. Nunca le importó nada de lo que yo hablaba. Decía que de mi boca sólo salían imbecilidades... No me escuchó nunca cuando tenía oídos... y cuando yo tenía todavía algo que decir. Ahora se acabaron las dos cosas. ¿Entendés? Se acabaron.

PEPE

- (Entre gemido y llanto). Agua... conseguime un poco de agua, m'hija.

BLANQUITA

- (Toma la jarra vacía). Un poco de agua podrías alcanzarle ¿no? (Pasando de la tristeza a la indignación). ¿Te cuesta mucho darle agua? (Se dirige hacia la pequeña heladera y la abre). ¿Para qué te traigo botellas de agua mineral y de refrescos, si no las ponés en la heladera?... Yo me canso acarreado envases... ¿para qué? (Revisa los armarios). Todas las bebidas calientes. (Vuelca en la pileta los restos de las botellas y las enjuaga). Estas botellas tienen hongos ¿cuánto hace que las tienen abiertas?... Mamá, con este calor, disfruten de la heladera, por favor.

BLANCA

- (Muy enojada). Salís ya de mi cocina. Tengo que preparar el desayuno.

PEPE

- (En un gemido). Agua... agua.

BLANQUITA

- (Nerviosa, saca un cubito de hielo, lo pone en un vaso, lo llena de agua de la canilla y se lo alcanza al padre). Tomá papá, tomá tranquilo. (Pepe bebe con desesperación)

BLANCA

- (Sonriendo con sarcasmo). Yo me voy a tomar mi café con leche. (Abrazada a un enorme tazón, se acerca a la mesa y se sienta). Que el señor desayune agua que le sirvió la hijita. (A Blanquita). ¿No trajiste nada para masticar?

BLANQUITA

- (Va hacia la bolsa y saca un paquete de galletitas, se las alcanza). Abrilas y dale también a papá.

BLANCA

- (Las abre y se pone dos en la boca, habla masticando). Él no quiere.

BLANQUITA

- (A los gritos, en el oído de Pepe). Papá ¿querés una galletita?

PEPE

- (Ha cesado de llorar, sonrío dulcemente a su hija). No, no quiero.

BLANCA

- ¿Viste? (Sigue comiendo, moja las galletitas en el café con leche. Hace ruido ostentosamente buscando molestar a la hija). A él no le gusta comer.

Los contenidos y temáticas son de exclusiva responsabilidad del autor. Todos los Derechos Reservados. Prohibida su reproducción total o parcial, sin expresa autorización del autor.

BLANQUITA

- Papá, siempre tomando agua, sin comer nada, no puede ser...

PEPE

- (Queriendo calmar a su hija). Pero es que yo encuentro deliciosa el agua... El agua me refresca, me serena. La jarra de agua en la mesita de luz me da seguridad. Es mi calmante para poder dormir un poco de noche. No quisiera morirme con la barriga llena ¿comprendés? Voy a entrar en un mundo que no conozco, y me imagino que será mejor entrar liviano. (Bebe con avidez).

BLANCA

- (Sigue comiendo, burlándose de los dos). Les falta el confesionario, parecen el cura y la pecadora... (Los mira y ríe divertida con su ocurrencia). Ahora que no se sabe quién es quién... Agua, bastante agua para limpiar los pecados. De eso se trata. El desgraciado toma tanta agua porque quiere limpiarse por dentro. (Ríe exageradamente).

(Blanquita parece no escuchar a la madre. Recorre el ambiente revisando las cosas; pasa un dedo por los muebles, huele el agua del florero).

BLANCA

- El polvo cubre todas las cosas, las camas deshechas largan olor a cuerpo, hieden, igual que los restos de comida que se pudren en los platos... todo lo que se deja larga olor a podrido... Hasta las preciosas flores, tan románticas y olorosas, después del segundo día... apestan a cementerio. No sigas revisando. No vas a descubrir nada nuevo. Mugre. Sólo mugre y basura.

BLANQUITA

- Cuando se vive en la suciedad, cuando ni siquiera se siente hambre... es que algo muy malo ha entrado en la casa.

Los contenidos y temáticas son de exclusiva responsabilidad del autor. Todos los Derechos Reservados. Prohibida su reproducción total o parcial, sin expresa autorización del autor.

BLANCA

- (Con un gesto como de abarcar el mundo con las manos). ¡Ah, sí..! Ha entrado la vida... Las fuerzas poderosas de la vida... ¡la belleza de la vida!

BLANQUITA

- Mamá, hay mal olor... Desde la puerta se huele... Dejame limpiar un poco.

BLANCA

- (Chista muy fuerte). Shhh... Esta es mi casa todavía... El apartamento lo compré con mi platita... ¿No te gusta ver la mugre en la casa? (Le grita). Entonces, andate... ¡andate te dije!

BLANQUITA

- (Con profunda tristeza). Si no fuera por papá... claro que me iría y te digo más... no volvería nunca. ¿Te creés que resulta agradable mirarte, estar a tu lado? (Resuelta, termina de sacar los comestibles y los comienza a acomodar en la cocina).

BLANCA

- (Se levanta ágilmente de la silla y lleva el tazón hacia la pileta. Su tono de voz cambia y se torna muy cariñoso). Podés odiarme. Odíame sin culpas. Tenés permiso de madre para odiarme. (Se dirige hacia la cama, se acuesta y comienza a cantar “La vida color de rosa”).

BLANQUITA

- (Gritando). Papá ¿querés comer algo?

PEPE

- (Sigue recortando). Agua... quiero más agua... comer ¿para qué? ¿Para alimentar la vida..? Esta no es vida. Apenas veo, perdí el oído y la memoria... junto con mis

amigos. Todos están muertos. Pérdidas. Todo lo que tengo son pérdidas. El mundo empieza a achicarse para mí... cada vez más.

BLANQUITA

- No estás solo. Me tenés a mí. Tenés a tu compañera (Le grita). A tu compañera.

PEPE

- A mi compañera la perdí en algún lugar del camino. (Mira hacia la cama, donde se ha despatarrado Blanca). Ésa es una mujer podrida que me odia. (Blanca canta más fuerte).

BLANQUITA

- Papá, me duele el corazón de verte tan triste.

PEPE

- No es cuestión de tristeza m'hija... es una cuestión de esperanzas. Lo que se acaban son las esperanzas.

BLANQUITA

- Tenés que moverte, no te quedés siempre quieto, por favor, movete papá.

PEPE

- Hago nada más que lo que el cuerpo quiere hacer, porque ya está acostumbrado. Y yo lo dejo hacer. ¿Sabés qué es lo que me pasa? No entiendo mucho, ya no entiendo nada de lo que entendía antes. Estoy terminado. Un viejo sordo y casi ciego, es algo que se acabó. Solamente sirvo para recortarte esos papeles (Le entrega más fotos).

BLANQUITA

- (Con toda suavidad). Gracias papá... ¡Yo te quiero tanto!

PEPE

- (Grita desesperado, porque no pudo escucharla). ¿Qué? ¿Qué decís? Gritá...
Gritame, m'hija, gritame.

BLANQUITA

- (En un grito desgarrador). Te quiero papá.

(Blanca canta desafortadamente "La vida color de rosa" intentado no escucharlos).

ESCENA III

Casi nada ha cambiado, se mantiene el mismo desorden y desprolijidad. Han pasado varios días. Blanquita está dentro del apartamento cuando comienza la acción. Se nota que no se ha vestido tan esmeradamente como en la escena anterior; sus cabellos desarreglados y su aspecto general corresponden a una mujer un tanto vencida.

Pepe se encuentra casi sepultado entre los diarios y las revistas, la pila ha crecido. La mesa está repleta de jarras, botellas y vasos de agua.

En la cama, un poco en sombras, está recostada Blanca.

BLANQUITA

- (No trae nada entre sus manos, sólo un pequeño monedero). Es como si la vida no pasara. Como si el tiempo se hubiera detenido. Cada vez que vengo los encuentro en el mismo lugar.

BLANCA

- (Sin moverse de la cama, con su sarcasmo acostumbrado). La residencia no da para más. No nos gusta recorrer las otras habitaciones de palacio.

BLANQUITA

- (Acercándose a la cama). Todo por no querer vivir conmigo.

BLANCA

- (Categórica). Contigo... sólo muerta. (Comienza a incorporarse con toda parsimonia, mientras Blanquita se dirige hacia la puerta del cuarto de baño).

BLANQUITA

- Mamá, este baño da asco. ¿De qué están sucias las paredes?

BLANCA

- (Tranquila, mientras se cruza la bata mugrienta y se calza unas zapatillas desflecadas). De mierda. Tu padre se caga las manos y después se las limpia en los azulejos. (Riendo). Nunca se lava las manos, así las tiene de cagadas cuanto te recorta a tus amores.

BLANQUITA

- ¿Por qué te da tanta rabia? No le hago mal a nadie coleccionando fotos de artistas. ¿Por qué tenés esa obsesión en hacerme sufrir?

BLANCA

- Porque tenés que conocer el dolor (Se va acercando). Conocerlo hasta el final. Tenés que mirar a tu alrededor. El único camino que te va a llevar a ser libre es la verdad, aunque te espante. Pero vos tenés el cerebro embotado, sos tan, pero tan idiota, que creés en la felicidad que te puede dar una película. No hay que buscar la felicidad, la libertad. Eso es lo que hay que buscar, la libertad.

Vas a seguir presa, prisionera, mientras estés aferrada a esas idioteces. ¡Qué idioteces..!
¿Te creés que nunca vi los poemas de amor que escribís y que guardás bien escondiditos entre tus bombachas? Elizabeth... (Riéndose a las carcajadas). Los firmás Elizabeth, porque soñás con parecerte a Elizabeth Taylor, así... tal vez te podés conseguir tu

propio Richard Burton. (Blanquita empieza a llorar). De ése fue del quien siempre estuviste enamorada. ¡Elizabeth! ¡Parecerte a Elizabeth Taylor! Vos sos Blanquita y te vas a parecer a Blanca... ¡Mirá! (Se levanta la pollera. Pepe ha prendido la radio muy fuerte y Blanca baila al son de la música). Mirame, tan mal no estoy ¿verdad? (Le muestra el culote roto. Blanquita cierra los ojos, no quiere mirar). ¿No querés parecerte a tu mamita?

(Pepe descubre a la hija, no se extraña de su presencia, le habla como si nunca se hubiera marchado del apartamento).

PEPE

- Agua, m'hija, agua... (Blanquita va hasta la heladera, no encuentra agua fresca, vuelve a repetir la acción de preparar un cubito, llenar el vaso y alcanzárselo al padre. Cuando llega a la mesa retira todas las jarras y botellas vacías, los lleva a la pileta, pero no los vuelve a llenar).

BLANCA

- (Arrastra una silla hasta la mesa y se sienta). Volvió al mundo el bombero... ¡siempre pidiendo agua!

BLANQUITA

- (Se ha aproximado a su madre, tapándose la boca con la mano). Mamá, tenés mal olor, está mugrienta. ¿Cuánto hace que no te bañás?... ¡Qué asco!... Tenés olor a mugre.

BLANCA

- (Regodeándose). No es olor a mugre. Es olor a viejo. ¿No te gusta, eh?... Asqueroso ¿no es cierto? Ya te vas a acostumbrar el día que te lo empieces a sentir vos misma... ¿Todavía no empezaste a geder? ¡Qué raro! Y vos... ¿cuántos años tenés, 50...60...? ¿Me vas a decir que todavía no lo sentiste? Primero empieza con olor en el pelo, en las canas. Después en la piel, se pone ácida, te vas secando como un limón. Y no hay perfume que tape ese olor... ni tampoco talco. ¡Ah... si se mezcla el olor ácido con el talco..! (Ríe a las carcajadas). Entonces es una inmundicia, se vuelve un olor

espeso, insoportable. Las primeras veces que lo notás te empezás a bañar todos los días, cada vez el baño es más largo. Después, te bañás dos o tres veces por día... y cuando te das cuenta que no podés luchar, que el olor te venció... lo aceptás ¡y chau! es tu olor, el olor de tus años. Y se vuelve tu compañero.

BLANQUITA

- (Abre su cartera y saca una antigua foto). Mamá ¡eras tan linda! Yo estaba orgullosa de vos, siempre impecable. (Le muestra la foto a la madre). Mirate, mirate... qué preciosa con aquel vestido floreado que tanto nos gustaba a las dos. Esta sos vos, mamá.

BLANCA

- Esa era yo, pero ya no soy así. Vos tampoco sos la misma, mirate acá, en esta foto estás descalza, todavía no sabías caminar, mirá qué lindos piecitos. (Con rabia). Fijate en tus pies ahora. Te operaste los juanetes, pero igual tenés unos pies espantosos, deformes, feos. (Le grita, culpándola). Tus pies son horrorosos. ¿No te das cuenta de que todo se vuelve horroroso?

PEPE

- (Pepe se desespera, quiere intervenir, no sabe de qué hablan, aunque por el rostro de la hija, comprende la tensión e intenta salvar a Blanquita de las redes de su madre). M'hija vení conmigo... sentate un poquito a mi lado, vení.

BLANQUITA

- (Se sienta en la silla junto a su padre, mientras lo acaricia como a un perro manso; continúa hablando con Blanca). Lo decís sólo para herirme, para humillarme, porque me querés destrozarte, vivís demostrándome de qué manera me odiás... (Sonriente). Pero yo no te creo ¿sabés? No creo ni una sola cosa de lo que hacés, ni una sola palabra de lo que decís. Actuás, actuás todo el tiempo. para borrar cualquier imagen de felicidad.

Representás el papel de maldita, te disfrazás de cruel... Pero, ninguna persona puede convertirse en alguien tan malvado después de haber sido buena. Vos, no vas a poder borrar el recuerdo de mi madre ¿entendés? No vas a poder... Yo tuve una madre que me quería... Me quería.

BLANCA

- (Con un leve dejo de ternura). Te quería cuando era madre, cuando tenía algo para dar, ahora ya no tengo nada... Estoy seca. (Reacciona furiosa por su debilidad). ¿Y si se me antoja ser mala, quién me lo va a impedir ¿vos? Los hijos no mandan a los padres, es al revés. (Tremendamente dulce, burlándose). ¿No es cierto que la nena le hace caso a su mamá? ¿Verdad que la nena es buenita y se va a portar bien?

BLANQUITA

- Yo te creía todo. Creía todo lo que me decías.

BLANCA

- Me creías cuando te hablaba de Papá Noel, de los Reyes Magos, del ratoncito que se llevaba los dientes de leche, del niño Jesús del pesebre... Me creías cuando te mentía... ahora que te digo la verdad, no me creés.

BLANQUITA

- ¿De qué verdad me hablás?

BLANCA

- La verdad es que el color rosa no existe... (Se transporta al pasado). De rosado, de rosado vestía a la bebita de mamá... (Reacciona furiosa con la hija). ¿Vos creíste que eras esa beba rosada y preciosa de la fotografía que te sacaron en la Maternidad? Mentira, eras una cosa babosa y gris, cuando naciste... (Cruel). Si con la fuerza ¡hasta te cagué..! Después te bañaron y te perfumaron para que parecieras un angelito. (Sumida en sus pensamientos). ¡Cómo de un cuerpo que sólo larga desperdicios, orines, mierda,

babas, sudor, pus...! ¿Cómo puede salir algo tan perfecto como un niño? (Blanquita llora amargamente). ¡Ah, las lágrimas..., también las lágrimas..! saladas, como los mocos...¿nunca te comiste los mocos..? siempre se tragan juntos: las lágrimas y los mocos, junto con la saliva y el odio.

BLANQUITA

- (Acariciando al padre). Papá no está lleno de odio como vos, él aún tiene dignidad... No habla así.

BLANCA

- ¡Así que el señor es digno, porque se calla la boca! Es un padre ejemplar, porque no habla. Hay gente que busca que los quiera para sentirse menos malos, o se quedan eternamente sentados como tu padre y entonces... mágicamente se transforman en personas buenas, porque no molestan, no hablan, se escudan en su silencio. (Mira a Pepe con desprecio). Este es un cobarde, una rata, que se defiende con el silencio. Es sordo, pero... ¿pensás que no escucha? Sí, que escucha. El oye una voz dentro suyo que no lo deja en paz, que lo persigue día y noche y lo acusa por todo el daño que ha hecho. Y entonces... ¡el infeliz se vuelve un viejito bueno! Porque comprendió que la vejez existe para limpiar los pecados. (Se pone de pie y va hacia Pepe). El me dominó toda la vida, la obsesión de dominar lo enloquecía. Me mandó siempre, me sometió. Miralo ahora, mirá en qué se ha transformado. En la sombra de un hombre. Todo el día sentado en esa silla. Él... que se creía un dios, superior a todos, por arriba de la gente, del

mundo entero. Ahora, el hombre poderoso y soberbio, se convirtió en un animalito de Dios, pacífico, que no mata ni una mosca, que solamente come y duerme y se deja pegar. (Comienza a pegarle con rabia).

BLANQUITA

- Mamá, no le pegués... ¡por favor!

(Blanca sigue golpeando al hombre con furia, mientras Blanquita, entre llantos y gritos intenta detenerla, las mujeres luchan como fieras, en cambio Pepe parece no querer defenderse, sólo ovilla su cuerpo, cubre la cabeza entre sus manos y gime).

BLANQUITA

- Es mi padre. ¡Basta! No te lo voy a permitir.

BLANCA

- (Las dos mujeres de pie, frente a frente). No me lo vas a permitir. (Ríe desquiciada). Cuando eras pequeñita... él me pegaba y vos aplaudías... (Remeda a la niña). Así. (Bate palmas). Aplaudías con tus manitas rosadas de bebida. Creías que jugábamos. (Vuelve a pegarle a Pepe). Hacé de cuenta que jugamos... jugamos otra vez... Aplaudí... ¿por qué no aplaudís ahora? Aplaudí, te digo, aplaudí.

(Blanquita huye, Blanca baja los brazos, agotada).

PEPE

- Agua... agua...

(OSCURIDAD)

ESCENA IV

Pepe se encuentra acostado, vestido, sobre el colchón sin sábanas, con la cabeza apoyada en una almohada. La otra almohada, tirada en el piso. Tiene las piernas apenas tapadas con la jerga que utilizan como frazada, se ven sus zapatos rotos. Blanca se acerca muy despaciosamente a la mesa. Trae entre sus manos un tazón con leche. En medio del desorden reinante, intenta hacerse un lugar para tomar asiento. El caos ha

Los contenidos y temáticas son de exclusiva responsabilidad del autor. Todos los Derechos Reservados. Prohibida su reproducción total o parcial, sin expresa autorización del autor.

aumentado en el apartamento. Vacía una silla, maldiciendo, arroja diarios y revistas al suelo. La mesa está atestada de periódicos y recortes, se hace un pequeño lugar para apoyar su taza. Muy cerca de ella, la enorme jarra de agua, muy iluminada, llena casi hasta el borde.

BLANCA

- (Sentándose con gran dificultad). Cada vez cuesta más hacerse un lugar... pero yo sigo viva, carajo y quiero comer.

PEPE

- ¡Agua...! ¡Agua...!

(Blanca toma la jarra y deliberadamente la derrama con ostentación sobre los diarios esparcidos por el suelo. Sonríe).

PEPE

- (Casi en un susurro). Agua...

BLANCA

- (Comienza a hacerse una sopa con pan trozado en el tazón). Andá a pedirle agua a tu abuela. (Enciende la radio muy alta, come groseramente, se chupa los dedos y eructa; se limpia la boca con su manga y se levanta encaminándose hacia la cocina. Su andar es penoso, pero va canturreando al son de la música).

PEPE

- Mujer... agua... mujer.

BLANCA

- ¿Mujer? ¿Cómo me llamaste? ¿Mujer? (Se mira el pecho y se acaricia). Esto que queda, no sé qué cosa es... ¡Pero... mujer!

(Entra Blanquita sigilosamente, en silencio absoluto. Su aspecto impresiona, ha desmejorado, lleva el pelo suelto, descuidado. No viste de blanco. Se desliza como una sombra y va directamente hacia la madre).

BLANQUITA

- Mamá

BLANCA

- (Sin siquiera dirigirle la mirada). Yo sabía que ibas a volver. Vas a volver siempre. Veas lo que veas. Por más miedo que tengas, vas a volver. Mirá que hay que tener coraje para irse, pero mucho más hay que tener para volver. Es el único modo de convertirte en valiente. Tené fe, un día será el último que tengas que venir... Mientras disfrutá el momento. Pocas personas son tan afortunadas como para ver su futuro en la bola de cristal. Y vos estás viendo el tuyo. Estás mirando en lo que te convertirás, tocándolo, oliéndolo. (Ríe).

BLANQUITA

- (Como si no la hubiese escuchado). ¿Y papá? (Se aproxima a la cama). ¿Está dormido?

BLANCA

- No, se hace el dormido. Ya van dos días que no se quiere levantar. (Se acerca a la mesa y apaga la radio). Te dejo sola con él, que lo disfrutes. (Se tranca en el cuarto de baño).

BLANQUITA

- (Arrima una silla a la cama y se sienta tomándole una mano al padre). Papá, cómo te sentís?

PEPE

- ¿Qué?

Los contenidos y temáticas son de exclusiva responsabilidad del autor. Todos los Derechos Reservados. Prohibida su reproducción total o parcial, sin expresa autorización del autor.

BLANQUITA

- (Gritándole). ¿Cómo estás?

PEPE

- Cansado. Sin fuerzas. No sé qué me pesa más, si las piernas o el corazón. Cada día es el anuncio de otro peor. Mi cabeza ya no sirve, mi cerebro está atrofiado.

BLANQUITA

- Es que no podés agarrar cama... la quietud es lo peor.

PEPE

- Antes... sabía... yo conocí muchos secretos de la vida, pero ya no los recuerdo. Me gustaría tanto, m'hija, dejarte un secreto que te sirviera... y había... yo sé que había, pero ahora no los recuerdo. (Llora).

BLANQUITA

- No te martirices papá, ya te vas a acordar.

PEPE

- Cuando un prisionero sufre las peores torturas y después es liberado, llega a gozar de la libertad y hasta puede recordar el dolor; cuando un hombre enferma de gravedad, a punto de morir... y después se cura, es capaz de recordar su enfermedad... ellos no olvidan... son los dueños de sus recuerdos, por más dolorosos que sean... en cambio, un viejo como yo... llego al final y he olvidado todo.. se me perdieron los recuerdos, m'hija, no me queda nada.

BLANQUITA

- Lo que pasa es que no podés dormir todo el día. Dormís demasiado, papá.

PEPE

- Es un alivio. El sueño me da tranquilidad. Cuando duermo no me siento culpable.
¿Dónde está la podrida?

BLANQUITA

- En el baño.

PEPE

- (Repetitivo). El sueño me tranquiliza. Me enseña a dejar de ser. Me acerca a la muerte.

BLANQUITA

- ¿Tenés miedo?

PEPE

- (Contesta sin abrir los ojos). Me acostumbré tanto a pensar en la muerte, que ya la siento como una salvación. La muerte me va a salvar de repetir las mismas cosas todos los días. Cualquiera puede morir, en cualquier lugar, a cualquier edad, pero un viejo... un viejo ya sabe... que tiene los días contados. Lo peor es la incertidumbre. El querer adivinar cada mañana, si el día será hoy.

BLANQUITA

- (Intentando cambiarle el tema). ¿No querés comer algo?

PEPE

- Quiero agua, la podrida no me alcanza más agua.

(Blanquita va hacia la cocina, trae una jarra con agua y un vaso. Cuando los apoya en la mesita de noche, descubre la dentadura del padre).

BLANQUITA

Los contenidos y temáticas son de exclusiva responsabilidad del autor. Todos los Derechos Reservados. Prohibida su reproducción total o parcial, sin expresa autorización del autor.

- Papá ¿por qué te sacaste la prótesis? Papá...

(Pepe se ha quedado dormido, al darse cuenta la hija se levanta de la silla. Blanca sale del baño).

BLANQUITA

- Papá no está usando la prótesis.

BLANCA

- (Burlándose). La prótesis... ¡Ay la prótesis! Qué manía de querer adornar las miserias... ¿no es más fácil decirle dentadura postiza? Como si cambiar las palabras, cambiara las cosas, que son las mismas de hace cincuenta años, unos dientes de mentira que siempre le molestaron. Tu padre nunca se acostumbró.

BLANQUITA

- Pero así muerde mal, no va a digerir los alimentos.

BLANCA

- ¿Alimentos? ¡Si vive a pura agua!... Ya ni me acuerdo cuánto tiempo hace que no mastica un pedazo de carne.

BLANQUITA

- La última vez que te traje bola de lomo de la diste al perro de la vecina, nada más que por no tomarte el trabajo de hacer unos churrascos.

BLANCA

- El perro tenía hambre. Por lo menos esa noche pudimos dormir tranquilos. No ladró ni una sola vez. Además ¿por qué te preocupás tanto? A mí tu padre sin dientes me parece más joven. Está en la segunda infancia. Como los bebotes sin dientes... si hasta se babea... falta muy poco para que se mee y se cague encima. A mí también me va a pasar lo mismo. Te quiero ver la cara cuando te toque limpiarnos a los dos... (Ríe). Y vos... ¿nunca te preguntaste, quién te va a limpiar cuando sea tu turno?

PEPE

Los contenidos y temáticas son de exclusiva responsabilidad del autor. Todos los Derechos Reservados. Prohibida su reproducción total o parcial, sin expresa autorización del autor.

- La foto... dale la foto... en la mesa... M'hija, la foto.

BLANQUITA

- ¿Qué foto?

BLANCA

- (Toma de arriba de la mesa, un recorte de diario y se lo da a Blanquita). Tomá, esto es lo último que hizo tu padre antes de agarrar cama. Recortó esto para vos. (Triunfal). Mirá, mirá cómo tu amor también envejece. ¿Sabés, en qué se convirtió?... Sí que lo sabés... ¡en un viejo ebrio! Un borracho agresivo que se agarra a las patadas con lo que encuentra en su camino... ¡Tu adorado galán se tira las cosas por la cabeza con la vaca vieja de su mujer y la noticia sale en todos los diarios del mundo! Yo me pregunto: ¿Y qué diferencia tienen ellos con nosotros?

BLANQUITA

- (Contemplando atentamente la foto, sin mirar a la madre). Mamá. Hoy lo sentí. Creo que fue la primera vez que me atreví a sentirlo. Es cierto; tenías razón. Yo también tengo olor. Me puse el perfume más caro que tenía. Salí a la calle, al sol... y dejé de sentirlo. Al contrario, olía perfumes exquisitos. Caminé. Caminé varias cuadras. Compré una revista y un ramo de jazmines y volví renovada a casa. Cuando abrí la puerta, el olor se había quedado adentro. Me estaba esperando. ¿Entendés? Esperaba por mí. Había inundado toda la casa y estaba esperándome.

(OSCURIDAD)

ESCENA V

La inmovilidad reina en el escenario. Pepe en la cama, paralizado, sin el menor atisbo de vida. Blanca permanece sentada en una silla, estática, su mirada fija en la puerta. Su semblante es sereno. Aguarda con seguridad.

El desorden y el abandono han aumentado a un punto insufrible.

El silencio es completo. Inmenso. Largo. Insoportable.

Entra Blanquita. Su aspecto es chocante por su extrema desprolijidad. Lleva el pelo recogido, pero se le escapan unos mechones grasientos. Viste un batón ordinario y unas chinelas viejas. Trae en su mano una gran bolsa de boutique de una presentación primorosa.

BLANCA

- (La mira y le habla con gran dulzura). Te estaba esperando.

BLANQUITA

- (Va hacia la madre caminando como una niña pequeña). ¡Mamá! (Solloza como una beba). ¡Mami!

BLANCA

- (Comprensiva y con ternura). Mamá ya sabe, mami ya sabe, nena... Hoy murió Richard Burton.

BLANQUITA

- (Sin hablar del tema, siempre aniñada). Traje unas cositas lindas para las dos. (Alucinada, le acerca la bolsa a la madre y entre las dos comienzan a abrirla. Blanca saca un camisón de gasa rojo, llamativo, sumamente sexy, mientras Blanquita saca otro idéntico. Como si ambas ya lo hubiesen ensayado, cada una toma su camisón y lo ciñe en abrazo sobre su propio pecho. Se miran y se admiran; se aprueban entre sonrisas).

Los contenidos y temáticas son de exclusiva responsabilidad del autor. Todos los Derechos Reservados. Prohibida su reproducción total o parcial, sin expresa autorización del autor.

BLANCA

- (Sensual, apretándolo extasiada contra sus senos). ¡Mmmm... es hermoso! (Gira sobre sí, varias veces).

Blanquita deja su camisón sobre una silla, lentamente se dirige hacia la cocinilla y abre todas las llaves del gas. Sus movimientos son de una pesadez exasperante. Goza realizando las acciones y se demora engolosinada en ellas. Cierra la puerta del baño y asegura la ventana. Va hacia la cama, comprueba que el padre duerme y le quita la frazada. La coloca cuidadosamente en el piso, frente a la puerta del baño. Luego, hace lo mismo con una de las almohadas, colocándola apretadamente contra la puerta de entrada. Se acerca a la madre que sigue meneándose sensualmente abrazada al camisón. Comienza a desprenderle el batón. Blanca hace lo mismo con su hija. Ambas quedan en soutien y culote, las prendas son grotescas y rotas. Se descalzan. Blanca le suelta el pelo a Blanquita, para que quede desgreñada como ella. Una enfrentada a la otra, ahora son dos viejas semejantes que se reconocen entre sí y se aceptan cariñosamente. Una le pone el primoroso camisón a la otra.

BLANQUITA

- (Dulcemente, casi cantando). El agua para papá.

BLANCA

- (En el mismo tono). Sí... mucha agua para papá.

Al unísono, ambas mujeres van hacia la pileta, llenan una jarra cada una y se acercan lentamente a la cama. Lucen idénticas. Dejan las jarras sobre la mesa de noche. Se separan de la cama. Se miran con adoración. Entre sonrisas juntan los brazos y bailan tarareando “La vida color de rosa”.

BLANQUITA

- Mamá ¿me querés?

Los contenidos y temáticas son de exclusiva responsabilidad del autor. Todos los Derechos Reservados. Prohibida su reproducción total o parcial, sin expresa autorización del autor.

BLANCA

- (Estrechándola entre sus brazos). ¡Cómo no va a querer mamá, a la preciosa de la casa!

BLANQUITA

- (Complacida). Vamos, vamos con papá.

Las dos mujeres abrazadas se acercan a la cama. Se colocan una a cada costado del lecho. Pepe gime apenas. Madre e hija se hincan y apoyan sus rostros sobre el cuerpo del hombre y lo acarician.

BLANQUITA

- Dame la mano, mami...

BLANCA

- (Pasa su brazo sobre el cuerpo del hombre y le aprieta la mano. Los tres quedan juntos en un abrazo cerrado). No tengas miedo mi bebita... mamá y papá están con la nena.

(Se escucha la voz desgarradora de Edith Piaf cantando “La vie en rose”).

(OSCURIDAD)